



Navegar la pandemia, con esperanzas

Oscar Taffetani

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e288>

Navegar la pandemia, con esperanzas

Navigating the pandemic, with hope

Oscar Taffetani

A fines de 1886, se registraron brotes de cólera en Santa Fe y las provincias vecinas. Los gobiernos del Norte del país intentaron entonces levantar barreras sanitarias para impedir el paso de la peste. Pero su intento fue inútil, porque desde el Gobierno central, ignorando los problemas regionales y locales, se autorizó el viaje de Rosario a Tucumán de una formación del Central Argentino llena de soldados, con destino al Chaco salteño. Aquel tren, se supo después, llevó el cólera a Tucumán. Para fines de 1887, el Jardín de la República ya había perdido, a causa de la epidemia, un tercio de su población.

Un joven médico socialista –Juan B. Justo- observaba horrorizado las hogueras con madera de pino alquitranado que los vecinos de San Miguel (la capital) prendían en las esquinas, pretendiendo evitar el contagio. “Los niños en las calles –escribió JBJ- alegres e inconscientes, danzaban en torno a esas extrañas piras”. Las familias tucumanas pudientes, propietarias de tierras, plantaciones e ingenios, se trasladaron a sus lejanas residencias de verano y/o invierno, a la espera de que la peste terminara la faena.

Algo parecido había ocurrido con la fiebre amarilla en Buenos Aires, entre enero y junio de 1871. Mardoqueo Navarro, un emprendedor catamarqueño que veinte años antes administraba un saladero de Urquiza en Rosario, dejó anotado en su *Diario* el mejor relato que hoy podemos tener de aquella peste, así como sobre el comportamiento de la clase dirigente



(los vencedores de Caseros) y sobre los sufrimientos del pueblo más humilde, en los barrios y conventillos de Monserrat, San Telmo y la ribera del Riachuelo.

“2 de Marzo. Prohíbense los bailes (de carnaval) después que pasaron”, escribe con ironía MN en su bitácora. “Abril 7. El cementerio del Sur rebosa. Entierros por abreviatura. Todos amarillos, de fiebre los muertos, de miedo los vivos”

Se estima en catorce mil el número de muertos que dejó la fiebre amarilla en Buenos Aires. En su mayoría eran inmigrantes de los barrios del sur, carentes de higiene y agua potable. En el pico de aquella epidemia, a causa del éxodo general, la ciudad redujo a un tercio su población. Escribe el médico Guillermo Rawson, otro testigo de la peste: “Yo he visto al hijo abandonado por el padre; he visto a la esposa abandonada por el esposo; he visto al hermano moribundo abandonado por el hermano”.

El arte de narrar la peste

Una primera observación que haremos sobre los relatos de la peste: Tanto en las epidemias que conocimos en nuestro suelo como en las que conoció Europa, la narración que más nos ayuda a reconstruir la época y los hechos no es la de los escritores profesionales, sino la de la gente común o la de aquellos que inesperadamente se vieron enfrentados a la “excepción” de la peste y pudieron atravesarla. Un caso elocuente es el del lord del Almirantazgo británico Samuel Pepys, quien llevó anotadas taquigráficamente en su *Diario* las alternativas de la gran peste que asoló la ciudad de Londres entre 1665 y 1666. El (enorme) Daniel Defoe contaba con apenas cinco años de edad cuando aquella peste bubónica devastó Londres, y recién pudo recrear los hechos más de medio siglo después, en una novela de raro formato que hasta hoy es referencia cuando hablamos de epidemias y pandemias: *Diario del Año de la Peste* (1722).

La peste que contaron Pepys y Defoe acabó en dieciocho meses con cien mil personas, lo que representaba una cuarta parte de la población de Londres.

Según relata Pepys en su *Diario*, las casas de la ciudad en donde entraba la peste eran marcadas con una cruz roja en la puerta y con la leyenda “Señor, ten piedad de nosotros”. Esas casas eran clausuradas con los apestados en su interior.

El vector de la peste bubónica –ahora lo sabemos- anidaba en las pulgas infectadas que portaban las ratas. De allí saltaban esas pulgas a los seres humanos. Por las dudas, las



autoridades de la ciudad mandaron a sacrificar perros y gatos. Hasta Lord Pepys se negó a cambiarse el peluquín durante la epidemia –cuenta él mismo– por miedo a que en el pelo natural con que se elaboraban esos aditamentos de belleza viajara la peste.

Ni teatro isabelino ni del otro, entonces. Ni asambleas espontáneas ni de las otras. El doblar de una campana era el único acompañamiento, cuando lo había, para los muertos camino del cementerio. Así fue narrada la peste de Londres por Lord Samuel Pepys, en una bitácora que sería conocida mucho después de su muerte. Daniel Defoe, inspirado en aquellos diarios personales (algo que también hizo con el relato de Selkirk, para su *Robinson Crusoe*) le dio vuelo literario y memoria universal.

El virus, viralizado en las redes

Hay en las pestes contemporáneas –del HIV al coronavirus, pasando por gripes de distinta variedad– constantes que no hace falta detallar. Una de ellas, que arranca en el Medioevo, es que el mal siempre viene de afuera. Es lo extraño, lo otro que amenaza una continuidad política o religiosa.

Reginald Scott, un nieto del Sheriff de Kent, Inglaterra, que en 1584 se animó a escribir sobre las brujas, dice en un pasaje de su libro: “Tan pronto como alguien oye estallar un trueno o soplar un ventarrón, corre a hacer sonar las campanas o clama por que se arroje a la hoguera a las brujas”. En un sentido amplio, es lo que pasa con la peste, no importa cuándo usted lea esto.

Cuando la pandemia del Sida, a fines de los '80 y principios de los '90, la elección del enemigo fue desde llamar “peste rosa” al HIV (adjudicándosele a los homosexuales) hasta castigar a un continente entero –el Africa- por ser detectado como el lugar de origen del virus. La nación africana debió luchar –de la mano de líderes como Nelson Mandela- para tener las patentes y fórmulas del AZT y los denominados retrovirales, a falta de esa vacuna contra el Sida que hasta el día de hoy espera la humanidad.

Otra de las constantes, en tiempos de pandemia, es el deseo de los más favorecidos, económicamente, de mantener sus privilegios a la hora de ponerse a salvo del mal o de recibir la atención médica necesaria o bien de curarse y sobrevivir, no importa cuántos cientos de miles o millones queden por el camino. Abecé de la insolidaridad humana. El “sálvese quien pueda”, ya consagrado e institucionalizado.



Y una tercera constante a señalar es la que aparece en una nota que publicamos hace mucho, sobre el azote del dengue: “Queremos hacer -una vez más- la breve reflexión de que todas las enfermedades de la pobreza son mortales, justamente, por el contexto de pobreza. Cuando un organismo desnutrido, cuando un cuerpo con hambre, sufre la violenta deshidratación que trae una fiebre hemorrágica, está más indefenso que otros. Cuando un virus nuevo que llega -portado por el mosquito, por la vinchuca, por la rata o cualquier otro medio- encuentra un cuerpo devastado y encuentra un alma derrotada, sin ganas de luchar, el resultado inexorable es la muerte”. (Pelota de Trapo, 18/2/2009)

Sin embargo, lo nuevo del contexto en el que se desata la pandemia del Covid19 (coronavirus), es la existencia de las redes. No sólo Internet (que ya comenzaba a utilizarse a escala global en tiempos del Sida), sino las llamadas redes sociales y las infinitas aplicaciones que cruzan e interconectan el espacio herziano.

Hoy, el impedimento de una cuarentena “física”, que en cierta época convirtió pueblos y ciudades en mudos cementerios, abre las puertas a la presencia y la comunicación “virtual”. Noticias ciertas y noticias falsas conviviendo y decantándose a velocidad, acompañando el vértigo de la información sobre la peste y también el renovado pánico por lo desconocido.

Pero además, como lo hemos comenzado a advertir en mitad del ruido, del nihilismo y de la desesperanza de estos días, hay semillas nuevas de cooperación y solidaridad en nuestra gente. Y hay generaciones enteras que cuestionan con su práctica cotidiana aquel “sálvese quien pueda” inculcado por generaciones.

El maestro Noam Chomsky lo expresó en un tele-reportaje, de ésos que abundan en estos tiempos de aislamiento y cuarentena: “Lo que me da esperanza son las iniciativas que están adoptando sectores populares por todo el mundo, muchos de ellos. Algunas cosas que están pasando son verdaderamente motivadoras. Por ejemplo, los médicos y enfermeros que están trabajando sin descanso bajo unas condiciones sumamente peligrosas, carentes – especialmente en los Estados Unidos– del mínimo apoyo, viéndose obligados a tomar unas decisiones angustiosas sobre a quién matar mañana. Y sin embargo, lo están haciendo. Se trata de un tributo ejemplar a los recursos del espíritu humano, un modelo de lo que se puede hacer, junto con los movimientos populares. Pasos para crear una Internacional Progresista. Señales muy positivas”. (Entrevista de Amy Goodman para Democracy Now, 19/4/20)